



PEDRO AVILA

de "la rosa del azafraán" a rafael alberti

La sala de fiestas tiene una ambientación de sueño confortable para adolescentes de los años cuarenta. Se explica, porque su público sabatino tiene la edad lógica de los que eran adolescentes en los años cuarenta. Es un confort de muebles codificados, lámparas «neoclásique» y luminarias «kitsch» sobre la pista central. En torno a la pista central, matrimonios en relax, ejecutivos, profesionales liberales, mandos intermedios de la industria y el comercio barcelonés. Ni una minifalda. Ni un maxiescote. Maquillajes adaptados, ni más ni menos, a las necesidades de la edad. Algunos rostros atezados por fines de semana mejor aprovechados que el presente. Alguna cara que ha salido en periódicos deportivos sentada en sillones de responsabilidad.

Sobre este contexto cae Pedro Avila alto, con pinta de héroe poético de Lorca (aceitunado, verde luna y todo eso), acompañado de tres señoritas en «shorts», con los párpados fosforescentes y una simpática impertinencia en su aire de comandos marcianos repentinamente aparecidos en un centro recreativo. Avila deja a las señoritas a mi cuidado mientras él va a vestirse para actuar. Pedro Avila es el plato fuerte de esta fiesta sabatina. Un «crooner» inglés a discreción. Las muchachas avileñas son contempladas con distancia social y moral por las damas acurentadas. Una de las muchachas luce unas espléndidas extremidades inferiores que no encajan con una decoración más adecuada para aquellas piernas «pata de conejo» que hicieron famosas a las nada gimnásticas

chicas españolas de los años cuarenta.

Una de las muchachas tiene opiniones. Se me declara pro-Serrat y partidaria del tango. Las otras dos observan a la clientela con jugueteo de pupila; cachondeo de pupila sería más adecuado llamar a lo que hacían. Eran conscientes de que habían roto unas claves, un código; que se habían convertido en protagonistas repentinamente de la peripecia de relax sabatino pequeño-burgués.

El hombre nuevo cantando

«Creemos al hombre nuevo cantando.

Creemos al hombre nuevo de España».

Así dice Alberti en uno de sus

poemas. Y bajo este lema publica Pedro Avila su primer «long-play» aparecido en *Le Chant du Monde*. ¿Qué va a cantar este hombre en esta sala? ¿Ante este público?

Avila me ha dicho que aceptó la experiencia como primera toma de contacto con el público español tras once años de estancia en París y al cabo de tres años de sostener un repertorio a base de poemas de Angel González, Alberti, Blas de Otero, Aragón, Hernández. Quería empezar precisamente por un público indiferente, nada drogadicto de productos culturales progres; un público confiado, sorprendido en su relax. Y vaya si sorprende.

Aparece vestido de morado, ceñido, con efectos de luz a lo Jean Ferrat o a lo Leo Ferré, y de buenas a primeras se despacha con el poema de Hernández: «Como el toro».

«Como el toro, he nacido para el
[futo
y el dolor; como el toro, estoy
[marcado
por un hierro infernal en el cos-
[tado
y por varón en la ingle con un
[fruto».

Hay urgentes consultas entre el público. Las señoras preguntan a los maridos: «¿Qué canta este tío?». «Poesías», contesta el marido, sin elegir carta: o la de la suficiencia o la de la irritación.

Sin contemplaciones, Pedro Avila prosigue su recital.

«No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embergan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta».

¿Cómo canta Pedro Avila? Es imprescindible situarle con respecto a los «otros» cantantes del país que han afrontado la experiencia de poner música a nuestros poetas. Serrat ha hecho encajar a Machado dentro de su línea melódica y, con todas las críticas que puedan hacerse, ha resucitado a Machado de su tumba de jubilaído simbólico. Ibáñez es un sacrificado musicador, con un respeto sincerísimo por el espíritu de la letra. Es, sin duda, el musicador que más debe agradecer un poeta. Avila, como Serrat, adapta a los poetas a «su visión» y a «sus características» como cantante. Es un intérprete con mucho fuelle, propenso a la canción-proclama, que puede cantar con el pecho libre y la voz dramática. Hernández le va que ni pintado, y, en general, todos los poetas que ha elegido en su repertorio base. Ahora quiere musicar poemas de Jaime Gil de Biedma, y ahí quiero oírle. Va a ser un difícil ejercicio.

Avila tiene una voz excepcional. Aunque se encuentra más a sus anchas cuando grita: «No soy de un pueblo de bueyes...», se ciñe muy bien al precioso poema «Alga», de Angel González, y obtiene el máximo acierto en la canción, también sobre poema de González, «Donde pongo la vida».

«Donde pongo la vida pongo el
[fuego
de mi pasión volcada y sin salida.
Donde tengo el amor, toco la
[herida.
Donde dejo la fe, me pongo en
[juego.
Pongo en juego mi vida y pierdo,
[y luego
vuelvo a empezar sin vida otra
[partida».

A Pedro Avila le gusta tentar al público. Entre poema y poema hace comentarios situacionales. De pronto, se despacha con el recitado de un poema de González en el que compara el arte de escribir poemas con el orgasmo. El pasmo mudo del público que nos rodea: sin comentarios.

Un tangerino en París

Avila nació, llamándose Aguirre, en Tánger, hace unos treinta años. En Tánger empezó a cantar en agrupaciones «amateurs». Su repertorio era sabroso: «La rosa del azafrán» y «Luisa Fernanda». A los diecisiete años interpretó el papel de Vidal, el maduro latifundista extremeño de la zarzuela de Sorozábal.

—¿Este tipo es tu novio? —pregunta el tenor liberal a Luisa Fernanda.

«¡Qué interesante!
¡Y además es un tipo
muy elegante!».

Al baritono conservador, latifundista y sin más ideas políticas se le hinchan las narices y contesta:

«¡Eso está bien dicho
de un servidor!».

Pues bien, Avila o Aguirre, a los

diecisiete años, cantaba estas cosas. Tenía «inquietudes» y se marchó a París, que es un buen sitio adonde llevarlas. Allí tuvo que actuar como «boy» en variedades. Así empezó en el Moulin Rouge. Fue subiendo, subiendo, como suben los cantantes y los Hermanos Marx, desde la más absoluta pobreza hasta la nada. Bromas aparte, Avila consiguió puestos de responsabilidad, incluso estelares, dentro del Moulin Rouge. Ya en París empezaba a enterarse de cosas, a leer, a degustar la poesía española. Así surgió su idea, que se materializó bajo la asesoría espiritual de Angel González y ante el abundante ejemplario de los hechos de mayo de 1968.

Entonces, Avila actuó en el Moulin Rouge en consonancia con lo que estaba pasando en la calle. Con no menor consonancia fue despedido, con riesgo de que le pusie-

ran de patitas en la frontera. La realidad le ofrecía la posibilidad de autoclarificarse de una vez. C cogió la guitarra y desde entonces canta sólo lo que le gusta.

Y esta noche está dispuesto a demostrarlo. Ahora se arrima a los «Canciones del Paraná», de Alberti.

«Los gallos cantar querían.
Hubieran querido.
¡Madre!».

El público le va aceptando. Cuando ha anunciado un poema de Alberti, alguien ha aplaudido. Se agradece. A mi lado, las muchachas fosforescentes aplauden con ganas. El «manager» de Avila, también. Los aplausos del público son reales, pero tímidos. No acaban de ver la jugada clara.

«Perdido está el andaluz
del otro lado del río.
Río, tú que lo conoces:
¿Quién es y por qué se vino?»

Soledad de un andaluz
del otro lado del río.
¿Qué hará solo ese andaluz
del otro lado del río?».

Para terminar, Pedro Avila deja la tarjeta de visita con ayuda de Blas de Otero.

«Aquí tenéis mi voz...
Labraremos la paz
a fuerza de caricias, a puñetazos
[puros.
Aquí os dejo mi voz escrita en
[castellano.
España, no te olvides que hemos
[sufrido juntos».

Hacia Madrid

Avila va a cantar en Madrid. Tras esta experiencia marginal quiere cantar en Madrid y volver a Barcelona para actuar ya ante un público «iniciado». Creo que Avila puede ser un cantante, desde luego, para un público iniciado, pero sobre todo un cantante popular. Tiene dejes y maneras derivadas de su experiencia como cantante de «music-hall». Son dejes y maneras que no debe perder, porque lo importante es que sus canciones rompan la barrera elitista.

—Tengo algunas ideas muy claras —me decía después, ya en jersey, paseando en torno a la sala de fiestas donde las muchachas terminaban de agotar la curiosidad de los matrimonios más trasnochadores.

Yo tenía conciencia de pasear junto a una figura que va a llenar próximos carteles de importancia. «Vientos del pueblo le llevan, vientos del pueblo le arrastran, le esparcen el corazón y le aventan la garganta». Que me perdonen los herederos de Miguel Hernández estas dos líneas de plagio. Pero este tangerino va por ahí. ■ MANUEL VÁZQUEZ MONTALBAN. Fotos: TONI CATANY.

